

El cantar del fuego

A.B. Yehoshua

Traducción del hebreo de Ana María Bejarano



Duomo ediciones

Barcelona, 2012

Título original: *ESH JEDIDUTIT*
(Escrito por Hakibbutz Hameuchad, Tel Aviv, 2007)

© Abraham B. Yehoshua, 2007
© por la traducción, Ana María Bejarano, 2012
All rights reserved

Primera edición en esta colección: marzo 2012

© Antonio Vallardi Editore, Milano
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1.^a, Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

DEPÓSITO LEGAL: B. 23.754-2011
ISBN: 978-84-92723-94-2

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Fotocomposición:
Grafime. Mallorca, 1, Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Printed in Italy – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi familia, con amor

Segunda vela

1

–Ya está –dice Yaari, sujetando con firmeza a su mujer– aquí tenemos que despedirnos –y compungido le entrega el pasaporte, no sin antes comprobar de nuevo que no falta nada en la funda en la que le ha metido la tarjeta de embarque del vuelo de enlace, el pasaje de regreso a Israel y el seguro médico, que lleva adheridas dos pastillas para controlar la tensión arterial–. Lo principal, lo más importante, te lo he puesto todo junto. Sólo vas a tener que preocuparte del pasaporte.

Otra vez le advierte a su mujer que no se deje tentar en la larga escala y que no salga del aeropuerto para ir a dar una vuelta por la ciudad.

–Recuerda que esta vez vas sola, que yo no estaré a tu lado y que nuestro «embajador» ya no es embajador de nada, así que si te metes en un lío...

–¿Pero por qué voy a meterme en algún lío? –protesta ella.– De nuestro viaje anterior recuerdo que la ciudad está muy cerca del aeropuerto, y tengo más de seis horas hasta la salida del otro vuelo.

–Para empezar, la ciudad no queda nada cerca, y además, ¿qué se te ha perdido en ella? Estuvimos hace tres años y ya vimos todo lo que había por ver. No, por favor, no empieces a asustarme antes de que ni siquiera nos hayamos separado. Hace ya unas cuantas

noches que has tenido el sueño intranquilo y el vuelo es larguísimo y muy pesado. Quédate en esa agradable cafetería en la que esperamos en el viaje anterior, pon los pies un poco en alto para que se te descongestionen los tobillos y déjate llevar por las horas, tranquilamente. Además, te has comprado una novela nueva...

–¿Agradable cafetería? ¿Pero de qué estás hablando? Si es un sitio deprimente. ¿Por qué voy a tener que encerrarme allí durante seis horas sólo para que tú te quedes tranquilo?

–Porque es África, Daniela, no es Europa. Allí nunca hay nada completamente claro ni estable. Si sales a la ciudad es muy fácil que te líes con el tiempo y con las distancias.

–Recuerdo perfectamente que las calles estaban medio vacías... que el tráfico era muy fluido...

–Exactamente, un tráfico fluido pero sin orden ni concierto. Por eso mismo puedes no darte cuenta y retrasarte para el otro vuelo, y entonces, ¿qué vamos a hacer contigo a medio camino? Así que te lo suplico: no me dejes más preocupado de lo que ya estoy... bastante miedo me da todo este viaje...

–¡Ah, cómo exageras!

–Porque te quiero exageradamente.

–Un día tendríamos que aclarar qué es amar y qué es dominar...

–El dominio del amor –resume el marido con una triste sonrisa la esencia de su vida mientras abraza a su mujer.

Dentro de tres años ésta cumplirá los sesenta y desde la muerte de su hermana mayor, hace más de un año, se ha vuelto ligeramente hipertensa y se la ve algo más despistada y soñadora, aunque a él todavía le tiene robado el corazón y lo fascina como al principio de haberla conocido. Ayer se tiñó el pelo de un tono ámbar, en honor al viaje, y ese corte casi rapado que tanto la rejuvenece lo hace sentirse orgulloso de ella.

Ahí están los dos, marido y mujer, en la zona en la que deben despedirse, y en el centro de la cúpula de cristal en la que ya resplandece el bermellón del amanecer pende, columpiándose en

el cielo del aeropuerto, una inmensa *januquiyà*¹ en la que la llama de la primera vela titila como si de fuego verdadero se tratara.

–Ya ves –parece acordarse él de pronto–, al final te saliste con la tuya... no nos acostamos para que pudiera calmarme un poco antes de que te vayas.

–Sh... sh... –dice ella llevándose el dedo a los labios mientras sonrío alarmada hacia los que pasan por su lado–, ten un poco de cuidado, que te van a oír... además, mejor sería que fueras sincero y reconocieras que tampoco tú has puesto demasiado empeño esta última semana.

–No es verdad –defiende su hombría el marido con amargura–, te he deseado como siempre, y bien que lo he intentado, pero ¿quién puede contigo? No intentes ahora escapar a tu responsabilidad ni eches más leña al fuego. Sólo prométeme que no te irás a la ciudad. ¿Qué más te da ya esperar otras seis horas?

Una media sonrisa asoma los hermosos ojos de la viajera. El hecho de que él haya relacionado sus fracasados intentos de acostarse con ella con la terminal de tránsito de Nairobi la ha sorprendido.

–Bueno... –vacila–, ya veremos... lo procuraré... pero deja ya de una vez de preocuparte por nada. Si durante treinta y siete años no me has perdido, tampoco va a ocurrir esta vez y la semana que viene ya nos resarciremos por estos días pasados... ¿O qué te crees, que no me siento tan frustrada como tú? ¿Que yo no te deseo, y además, que no te deseo de verdad?

Y antes de que él pueda reaccionar, lo atrae con fuerza hacia sí, le estampa un beso en la frente y desaparece tras la puerta de cristal, aunque no sea más que por siete días, pero como hace ya muchos años que no sale del país si no es con su marido, él está temeroso y hasta sorprendido de que ella haya logrado cumplir

1. *Januquiyá*: candelabro de la fiesta de Janucá en el que durante ocho días se enciende cada día una vela en recuerdo de la victoria de los macabeos sobre los seléucidas en el año 165 a.C. (nota del traductor).

su deseo. Los dos ya estuvieron de visita familiar en África hace ahora tres años, por lo que el camino que ella tiene que hacer hoy él lo conoce a la perfección, pero hasta que llegue bien entrada la noche, y habiendo tenido que coger dos vuelos a casa de su cuñado en Morogoro, se va a ver sola durante un montón de horas, tan distraída y soñadora como se muestra últimamente.

Fuera todavía está oscuro. El tono rojizo del amanecer, cuyos rayos ha visto reflejados en la cúpula de cristal por encima del resplandor virtual de la vela de *Janucá*¹, ha resultado ser también una ilusión óptica producida por la arquitectura del nuevo aeropuerto. Una primera sensación de añoranza le pellizca el corazón al ver el chal olvidado en el asiento de atrás. Aunque en ausencia de ella espera gozar de una mayor libertad y de poderse organizar mejor el día, el hecho de que ella le acabe de decir que el deseo sexual que siente por él es sincero, lo hace sentirse nuevamente herido y con una frustrante sensación de pérdida.

A pesar de lo temprano que es sabe muy bien que no tiene sentido regresar a casa; volverse a meter ahora en la vacía cama matrimonial no tiene lógica y lo único que va a pasar es que se sentirá tentado de ponerse a fregar los platos (destinados, en realidad a la asistenta) o se pondrá a buscar otras actividades inútiles. Por un momento sopesa la idea de adelantar la visita diaria a casa de su padre, pero los filipinos se ponen muy nerviosos cuando alguien les cae por la mañana en el momento en el que lo están lavando. Por eso pasa deprisa por delante de la casa de su infancia y se dirige hacia el sur, hacia el despacho de arquitectura que su padre le legó.

1. Janucá: fiesta que se observa durante ocho días y que comenzando el 25 del mes de kisleb (generalmente coincidiendo con el mes de diciembre) conmemora la histórica victoria de los macabeos sobre los seléucidas en el año 165 a.C., que supuso la restauración del servicio religioso judío en Templo de Jerusalén. La observancia religiosa de esta fiesta consiste en el encendido de una vela nueva cada día de la festividad (*nota del traductor*).

Las copas de los árboles agitadas por las ráfagas de viento matinales le traen a la memoria, sin embargo, la queja que aterrizó sobre su mesa hace unas cuantas semanas. Así que cambia de rumbo torciendo hacia el oeste, hacia el mar, hacia la Torre Pinsker, edificada hace cierto tiempo. Al llegar le envía desde el mando a distancia la señal adecuada al portón de hierro del aparcamiento y con precaución se deja engullir por las profundidades de la tierra.

La construcción de la torre, de treinta pisos, concluyó al final del verano pero, según parece, está resultando difícil conseguir llenar los pisos si a una hora tan temprana como ésta no se ven demasiados coches en la penumbra del amplio aparcamiento. Lo cual no quiere decir que los pocos vecinos que hay no hayan sabido organizarse contra los defectos de construcción con los que se han encontrado, y que con la llegada de las primeras tormentas del invierno no hayan añadido una queja más: unos silbidos y plañidos insufribles provenientes de los huecos de los ascensores, unos ascensores diseñados y supervisados por el despacho de Yaari.

Y en efecto, en cuanto abre la pesada puerta ignífuga que separa el garaje del rellano de los ascensores, se abalanzan sobre Yaari unos salvajes aullidos, como si hubiera ido a parar a la pista de aterrizaje de un aeropuerto militar. La semana pasada envió a uno de los ingenieros del despacho para que investigara el fenómeno, pero el hombre tan sólo regresó con suposiciones. «¿Será que los vientos son succionados desde el garaje o que se cuelean desde el tejado? ¿Será que esos enervantes silbidos son producto de algún defecto en el equilibrio entre los ascensores y sus cargas de contrapeso o que se ha abierto una brecha en algún tramo de la escalera trasera que hace que el viento resulte aspirado por el hueco de aquélla desde el exterior? También podría ser que el viento se cuele por los recovecos de alguno de los pisos vacíos que quedan por vender.» Unos días antes, el fabricante de los ascensores había accedido a enviar al rascacielos a una perito especialista en la detección de molestias acústicas,

sólo que, en ese preciso momento, al invierno le dio por batirse en retirada con sus vientos, y el silencio que reinaba en el rascacielos no permitió que la sensible mujer pudiera emitir su juicio.

—A los niños les da miedo montarse solos en el ascensor cuando al viento le da por hacer de la suyas —se quejó ayer, al regresar el mal tiempo, el presidente de la comunidad de vecinos a quien la constructora ha facilitado el número del teléfono móvil de Yaari al tiempo que lo ha animado a dirigirse directamente a él.

»Hay bebés que rompen a llorar en cuanto entran en el ascensor.

—¿Que rompen a llorar? —se sorprendió Yaari con incredulidad mientras pensaba en sus dos nietecitos—. ¿A tanto llega la cosa?

Y sin embargo no intentó restarle importancia a la queja ni eludir responsabilidades. Tenía en gran estima su prestigio profesional y el de su equipo, de modo que prometió que si aquellos vendavales persistían acudiría él en persona para comprobar qué es lo que podía estar sucediendo.

Así que ahora, en este momento del amanecer, se encuentra cumpliendo la promesa que había hecho. Tenso y prestando gran atención está apostado delante de las cuatro puertas de los ascensores (cada uno de los cuales está detenido en un piso distinto del rascacielos), esforzándose por descifrar, con la sabiduría que le confiere su mucha experiencia, el lugar del que pueda provenir el vehemente sollozo de esas ráfagas de viento. Al final termina por llamar un ascensor; el más próximo responde enseguida y a continuación se abre la puerta. Pero Yaari no entra, sino que lo envía un piso más arriba y mientras el ascensor vuela hacia allí vuelve a presionar el botón de llamada para comprobar si un ascensor más alejado responderá a su llamada o si será el de antes el que regrese una vez que haya terminado su recorrido.

El cuadro de mandos está programado correctamente. El ascensor más lejano se queda quieto mientras que el más próximo vuelve. Al no producirse ningún viaje superfluo el ahorro de energía es evidente.

Yaari entra en el ascensor y con una llave maestra lo desconecta del mando general para someterlo a su voluntad. Así podrá guiarlo entre los pisos para intentar descubrir el origen de la filtración de esas ráfagas de viento. Se apoya en la pared del fondo del ascensor pegándose a su propia imagen reflejada en el espejo y mientras la cabina asciende despacito él se esfuerza por escuchar el aullido del viento al otro lado de la chapa de acero. El ruido que se ha oído como proveniente de debajo de la tierra se difumina hasta convertirse en un borboteo sofocado y eso que a la altura de ciertos pisos se transforma en un triste gemido. No cabe la menor duda: por el foso, que debería estar sellado del mundo exterior, se pasean unos vientos que nadie ha invitado a pasar. ¿Pero no será que también los ascensores propiamente dichos tienen alguna fuga? ¿Habrán resultado ser defectuosos? La verdad es que en contra de la opinión de los ingenieros de su despacho, que hubieran preferido poner unos ascensores finlandeses o chinos, que a fin de cuentas incluso hubieran podido encontrarse más baratos, Yaari se inclinó en esta ocasión por instalar unos ascensores israelíes.

Antes, sin embargo, de que se vean obligados a ordenar a los técnicos que detengan los ascensores para inspeccionar el foso y averiguar por qué silban allí los vientos, tiene que llevar al rascacielos, además de a la técnica del finísimo oído especializada en detección de molestias acústicas, a alguien que tenga una imaginación creativa y fresca. Yaari piensa enseguida en su hijo, que entró a trabajar en el despacho hace ahora tres años y que ha demostrado tener una iniciativa que le ha valido la admiración de su padre y la de todos los miembros del despacho.

Yaari llega al último piso y, antes de salir del ascensor, desactiva el mando manual y lo devuelve al modo automático del cuadro de mandos. Ahí, en el piso treinta, reina un absoluto silencio. Por el plástico que cubre la puerta del lujoso ático se da cuenta de que éste no ha encontrado todavía comprador. Abre el cuarto de máquinas y, para su sorpresa, comprueba que no se oyen ni sus-

piros ni silbidos sino el susurro preciso y agradable de los cables europeos que empiezan a despertar con la salida de los primeros inquilinos del edificio. Se pasea por entre los enormes motores y sale a un diminuto balconcillo de hierro que el arquitecto del rascacielos se resistió a instalar pero que Yaari puso todo su empeño en que se añadiera a la sala de máquinas para posibilitar a los técnicos de mantenimiento de los ascensores respirar aire puro en caso de que se declarara un incendio en el cuarto de máquinas o de que éste se llenara de humo.

Una neblina turbia y desidiosa envuelve Tel Aviv. La Torre Pinsker ha brotado en un entorno urbano tranquilo y de edificios bajos, por lo que tiene unas estupendas vistas que le permiten mantener un diálogo de tú a tú con los rascacielos de la *city* que resplandecen grisáceos al sureste de la ciudad.

El tono ambarino que matiza ahora el horizonte ya no es una ilusión óptica de luz de amanecer y el avión de pasajeros que va tomando altura lentamente también es verdadero. No, se dice Yaari moviendo la cabeza de lado a lado, ése no es todavía el avión de su mujer. Si no se retrasa despegará dentro de diez minutos, así que no tiene sentido quedarse allí a esperar en medio de ese frío helador cuando no va a tener la certeza de poder identificar el aparato.

Pero el amor que siente por su mujer lo mantiene clavado al balconcillo. Aunque el viaje de ella se ha iniciado ya y resulta imposible detenerlo, por lo menos le queda el consuelo de vigilarla desde lejos. La verdad es que hubiera podido ir con ella, pero no ha sido solamente por exceso de trabajo por lo que no lo ha hecho. Como la conoce muy bien, ha comprendido que en esta ocasión su presencia impediría que ella pudiera cumplir su deseo de resignarse a la pérdida de su hermana y de revivir con la ayuda del viudo el dolor y la dulzura de los recuerdos de la infancia de los cuales Yaari no formó parte. Sabe muy bien que aunque se hubiera quedado sentado en completo silencio entre ella y su cuñado sin entrometerse en absoluto en la conversación, ella notaría que el marido de su hermana dejaría de contarle detalles pequeños y

lejanos sobre su hermana y sobre ella misma, mientras que su intención es sonsacarle la mayor información posible a ese hombre que la recuerda desde que era niña, desde los días en que empezó a acudir a casa de sus padres al final del servicio militar como el primer y último pretendiente de su hermana.

Yaari se apoya con todo el peso de su cuerpo en la barandilla de hierro. Como experimentado y veterano programador de ascensores que es no siente vértigo ante el abismo que tiene debajo, pero se pregunta adónde se habrán ido los vientos que deberían estar acariciándole el rostro en ese momento.

2

Cuando sale del *duty free* y oye estupefacta que la llaman por su nombre por los altavoces para que se apresure a la puerta de embarque de su avión, se pone muy tensa ante la novedosa situación de que esta vez no lleva a su lado a alguien que controle la hora que es. En realidad sólo quería comprar una barra de labios que le ha pedido su asistenta y, al no encontrarla en la sección de cosmética, ha pretendido salir de la tienda, pero una dependienta ya mayor, que se ha dado cuenta de la decepción de esa agradable mujer de su misma edad, no la ha dejado en paz hasta que no la ha convencido de que le compre a la asistenta una barra de labios de un tono y textura parecidos, aunque sea de otra marca.

La verdad es que es muy consciente de que desde la muerte de su hermana se siente más atraída por las mujeres mayores, como si fuera a poder descubrir en su compañía algún rasgo de ese ser amado. Y las mujeres, por su parte, corresponden encantadas a su atenta amabilidad mezclada con una especie de incierto sentimiento de culpa que parece demandar protección. Así es como se ha encontrado manteniendo larguísimas conversaciones con las profesoras de su instituto y con mujeres desconocidas en las cafeterías, en la sala de espera del médico, en la peluquería, y

por supuesto que también en las tiendas, como por ejemplo con esa dependienta mayor que se ha sentido atraída por ella y que le ha empezado a contar su vida mientras ha convencido a la paciente oyente de que se tiene que cuidar más, que no debe escatimar en su persona y que por eso debe probar allí mismo, para después comprarla, esa crema tan famosa que le revitalizará la reseca piel de la cara.

Pero las huellas del tiempo, por lo visto, siguen ahí en su cara si el joven auxiliar de vuelo que se apresura hacia ella la reconoce como la viajera que falta, la toma del brazo y sin mediar palabra ni preguntar por su nombre le arranca la parte correspondiente de la tarjeta de embarque y se empeña en acompañarla hasta la portezuela del avión como si fuera posible llegar a escaparse del sellado pasillo de la manga que lleva hasta el aparato.

–No pasa nada –le dice él, abrazando por los hombros a esa mujer que puede ser su madre–, lo principal es que ya esté usted aquí –añade mientras, como si de una atolondrada niña se tratara se la entrega a la azafata, que le quita de la mano la maletita con ruedas, haciéndola desaparecer en lo alto del portaequipajes, y le indica a ella un asiento.

–Estaba convencido de que ya no vendría –le dice con confianza un joven que duda si levantarse para dejarle el asiento de la ventanilla, aunque enseguida desiste porque la azafata acaba de lanzarle una mirada asesina.

Ella se sonroja, pero no renuncia a la ventanilla. A pesar de que en los vuelos suele dormir o sumergirse en la lectura y se entretiene muy poco observando el cielo o la tierra, le resulta muy importante tener el asiento de la ventana y en esta ocasión, sin un marido al lado, con mayor motivo. Y así, cuando las portezuelas del avión se cierran, los motores empiezan a rugir y el viaje resulta ya un hecho irrefutable, una hendidura arruga de preocupación viene a turbar la tranquilidad de la frente. ¿Es realmente necesario este viaje? ¿Le servirá para algo? ¿Podrá Jeremy, su cuñado, ayudarla a revivir el dolor que se ha ido mitigando durante el úl-

timo año? Porque lo que son palabras de consuelo no le han faltado hasta el mismo día de hoy. Sus amigos y las demás personas que la quieren todavía se acuerdan de decirle de vez en cuando alguna buena palabra sobre su hermana, y su marido y sus familiares procuran levantarle el ánimo. Pero no es consolarse lo que ella quiere. Al contrario. Lo que ella busca son palabras precisas, sucesos olvidados y puede que hasta hechos nuevos que acompañen su duelo, que acompañen el dolor que siente por la muerte de su hermana mayor, que al irse se ha llevado consigo también algo de la infancia de la hermana pequeña. Sí, lo que ella ansía ahora, eso está claro, es insuflarle hálito vital a esa pérdida perforando así la membrana del olvido que ha empezado a envolverla. Es por eso por lo que desea pasar unos días junto al hombre al que conoce desde la infancia, porque sabe que el amor de él por su hermana no era menor que el suyo propio por ella.

A petición de la azafata, que la examina con cierta preocupación, se abrocha el cinturón de seguridad, coge el periódico que le tiende y le pide un favor. Si fuera posible, al final del vuelo, que le dé los periódicos y las revistas en hebreo que haya en el avión. Porque allí, en el corazón de la falla sirioafricana, hay un israelí que a buen seguro se alegrará.

3

Yaari sigue en las alturas del balconcito asaltado por un hipnótico temblor ante el amanecer que va ensanchando el horizonte del cielo al tiempo que pone al descubierto en su mismo resplandor los aviones que despegan uno tras otro del aeropuerto en su camino hacia el oeste, hacia el mar. Su ojo escrutador ha distinguido ya un aparato en concreto, que delicada pero persistentemente orienta el morro hacia el sur. Es ella, se dice todo agitado, como si fuera su mujer en persona la que pilota el avión, y a continuación aguza la vista para seguir acompañando el puntito hasta

que éste desaparece en el horizonte. Ahora ya está más tranquilo. Sí, su mujer llegará sana y salva y volverá sana y salva. Deja, pues, el balconcito, cierra con llave el cuarto de máquinas y llama el ascensor para regresar al garaje.

–¿Sola? ¿Sola? –se había sorprendido el cuñado, Yirmeyahu, cuando Yaari le dijo por teléfono las fechas de la ida y de la vuelta del viaje de su mujer para las vacaciones de Janucá-. ¿Pero sola? –insistió sorprendido.

–Sí, sola –se vio Yaari obligado a defender el honor de su mujer-. ¿Por qué no va a ser capaz de viajar ella sola?

–Pues claro que es capaz –se rió burlonamente desde Dar es Salaam aquella voz tan cordial y conocida-, y como serán siete días y no más, puede que hasta se las arregle muy bien aquí sin ti. ¿Pero serás capaz tú de estar sin ella? ¿Serás capaz de soportar su ausencia y de no arrepentirte en el último momento para venir con ella?

La verdad es que su cuñado lo conocía muy bien, puede que porque también se conocía muy bien a sí mismo. Y es que hasta dos semanas antes del viaje Yaari estuvo dudando si permitir que Daniela, a la que le había subido un poco la tensión tras la muerte de su hermana, viajara sola a África aunque fuera a casa de una persona tan próxima a ellos, casi un hermano mayor, alguien tan responsable e íntegro al que el destino había golpeado durante los últimos años una y otra vez.

Yaari, al contrario que los demás parientes y amigos, no estaba dispuesto a juzgar mal a ese hombre que no esperó a que finalizaran los treinta días del duelo¹ sino que una vez pasados los primeros siete se apresuró a regresar a su puesto de representante oficial de la delegación económica de la embajada de Israel en

1. La ley judía establece para la familia del difunto un duelo llamado *shiv'ah*, que alcanza los siete primeros días tras el fallecimiento, y un segundo duelo, llamado *shloshim*, que debe observarse durante los treinta días que siguen al fallecimiento del pariente. El tercer periodo de duelo dura los doce meses del calendario hebreo y recibe el nombre de *avelut* (nota del traductor).

Tanzania. Sólo que medio año después de que regresara al África oriental en Jerusalén decidieron, ya fuera debido a los recortes presupuestarios o a otras consideraciones, que la pequeña delegación de asuntos económicos debía ser eliminada y que el viejo diplomático viudo tendría que jubilarse, dado que, excepto por el guarda de seguridad y por dos empleados locales, allí ya no quedaba nadie con él. A decir verdad, en más de una ocasión el propio Yirmeyahu había bromeado con parientes y amigos acerca de la falta de propósito de su pequeña delegación y a veces hasta le parecía que la habían creado exclusivamente para él, como una recompensa tardía destinada a aquel veterano funcionario del departamento administrativo del Ministerio de Asuntos Exteriores cuya jubilación se había postergado por haber perdido un hijo en el ejército, puesto que la ley, en ese caso, permite una jubilación tardía. Fue por eso por lo que aceptó con toda tranquilidad y sin resentimiento alguno que eliminaran su delegación en África al poco tiempo de la muerte de su mujer y por lo que, con la misma tranquilidad, antes de su regreso definitivo a casa, después de haber avisado a las personas a las que les había alquilado su piso de Jerusalén de que regresaba, se permitió tomarse un breve descanso, un tiempo de reposo en familia, en casa de su hija y de su yerno, quienes estaban ampliando estudios en Estados Unidos.

Pero como América no atraía en absoluto al recién jubilado, acortó su estancia allí y sin consultarlo con nadie, ya que en realidad no tenía a nadie a quien rendirle cuentas, y también sin previo aviso, sorprendió a sus parientes y amigos renovándoles por dos años el contrato de alquiler a sus inquilinos de Jerusalén para regresar al África oriental, pero no al lugar donde había estado su ahora extinta delegación, sino a los alrededores de Morogoro, a doscientos kilómetros al oeste de allí, cerca de la falla sirioafricana, para ocupar un puesto nada claro de administrador de no se sabe bien qué expedición científica del ámbito de la antropología.

—¿Por qué no? —se había disculpado ante su cuñado y su cuñada en una conversación telefónica desde Dar es Salaam mien-

tras se dirigía al nuevo lugar—. ¿Qué prisa tengo yo por volver a Israel? ¿Quién hay ahí que me necesite? Ni siquiera a vosotros os hago ninguna falta porque yo vivo en Jerusalén y vosotros en Tel Aviv. Estáis ocupados con el trabajo, con los hijos y ahora también con los nietos, mientras que yo puedo hacer lo que quiera estando sin mujer y sin trabajo. Vosotros no tenéis problemas económicos, al contrario, vuestra única preocupación consiste en qué gastaros el dinero, mientras que a mí me ha quedado una pensión mediana de empleado público porque como sabéis la compensación económica por el «fuego amigo» se la pasamos desde el primer momento a nuestros eternos doctorandos. Así que decidme sinceramente por qué no voy a aprovechar la oportunidad de poder ahorrar un poco para la vejez, para la inevitable crisis que acabará por llegarles a mi cuerpo y a mi mente. ¿No voy a tener yo también derecho, como Yaari cuando sea viejo, a que me cuiden, si no una pareja de filipinos sí por lo menos un solo filipino silencioso y entregado que empuje mi silla de ruedas por el parque? Aquí en África la vida es muy barata y la expedición científica me proporciona alojamiento y comida gratis, además de un nada despreciable sueldo por llevarle cuatro cuentas. Entre tanto, en Jerusalén, el alquiler del piso sigue acumulándose mes a mes en la cuenta mientras los inquilinos, encima, me reforman la casa por iniciativa propia. La prueba es que con su dinero me han cambiado el mármol de la cocina que estaba manchado, han tapado todas las grietas y los agujeros de años de las paredes y han pintado la casa entera. Además me han prometido que le limpiarán el polvo a todos los libros y que van a catalogarme la biblioteca por temas. ¿Qué prisa tengo entonces por volver? ¿Hay alguna posibilidad de que el país vaya a salir corriendo o que desaparezca? A veces me parece que se os olvida que siempre vais a ser unos años más jóvenes que yo, que vais a tener tiempo de viajar a sitios nuevos, mientras que yo ya no voy a tener demasiadas ocasiones de digerir experiencias nuevas como ésta de África, de la que, creedme, todavía no estoy saciado. De manera que decidme qué pinto yo

ahora en Israel. ¿No resultaría patético y hasta raro que un hombre como yo, a punto de cumplir los setenta y estando todavía en el primer año de duelo por su mujer, intentara sólo por aburrimiento y apatía tener una relación con otra mujer? ¿Una mujer por la que no sintiera ni atracción ni deseo? Porque, quién sabe mejor que vosotros que no nos queríamos menos de lo que os queréis vosotros. Así es que, queridos míos y sobre todo tú, Daniela, deja de sentirte responsable y de preocuparte. No pienso desaparecer, no temas. Pero si a pesar de todo os empeñáis en creer que me echáis de menos y no sois capaces de superar vuestra añoranza, venid a hacerme una visitita aunque hayáis estado aquí hace tres años y nada haya cambiado desde entonces.

—Está en todo su derecho —dictaminó Yaari, dirigiéndose a su mujer, a la que la sorpresiva decisión de su cuñado seguía teniendo preocupada—, ninguno de nosotros puede juzgarlo.

4

La fuerte respiración del pasajero que duerme a su lado apunta ahora directamente hacia ella. Todos sus esfuerzos por acurrucarse en el asiento y empujar hacia el otro lado la cabeza del joven que se le apoya una y otra vez en el hombro no sirven de nada. Ese hombre, que quizá haya pasado una noche de desenfreno confiando en la placidez del vuelo, se está vengando ahora con su pesado dormir por la ventanilla que le ha sido arrebatada, se venga exigiendo una cama sin importarle si dentro de ella se va a encontrar con una mujer que le lleva más de veinte años y que ya tiene dos nietos de los cuales no va a tardar mucho en sacar unas fotos para mostrar lo monos que son. Ahora es consciente de la gran responsabilidad que ha asumido al preferir viajar sola. El poder de protección del amor de su marido siempre ha conseguido mantener adormecido el sentido de la realidad de ella. Especialmente durante los viajes, cuando es él quien lleva la documen-

tación de los dos y el que la guía por los sitios nuevos tomando la iniciativa ante cualquier situación cambiante de manera que también en el avión o en el tren, en el coche o en el hotel, ella se limita a flotar en una especie de burbuja segura junto a la que invariablemente hay un hombre atento y obsequioso que siempre lleva la moneda adecuada y la información necesaria y al que ni siquiera tiene que estar agradecida por su entrega y dedicación porque sabe muy bien que con su sola presencia, incluso cuando se encuentra sumida en el más profundo sopor, le está pagando con creces todas sus cuitas.

Mientras que ahora, de camino hacia África, no tiene quien ponga orden en todo lo que la rodea. La azafata, que pasa por su lado y se da cuenta de cómo el durmiente se está apoyando en ella sin ningún tipo de miramiento, no le presta ayuda, como si el pasajero, al que antes ha obligado a cambiarle el asiento, se hubiera convertido ahora en su protegido. Así que no le queda más remedio que despertar ella misma al durmiente para hacerlo volver a sus límites educada pero decididamente. El chico se encoge un poco y masculla unas palabras de disculpa, pero por lo visto sólo en sueños, ya que al instante los ojos se le vuelven a cerrar y la cabeza se le cae de nuevo.

Ella dobla el periódico y lo guarda en la bolsa que le han dado en el *duty free*, junto al pintalabios y esa crema, que según la dependienta que le ha contado parte de su vida, hará milagros en la piel de la cara. A continuación saca del bolso una funda con fotos de sus dos nietos, unos niños que se sienten como en una nebulosa por la admiración que la aparentemente recién estrenada abuela siente por ellos. Se detiene un buen rato en cada foto, como si estuviera descifrando una escritura secreta. La nieta mayor, de cinco años, sigue pareciéndose muchísimo a su madre, su guapísima nuera. Sólo que los ojos azules de la niña irradian todavía una inocencia y un asombro que los alejan de la mirada distante y algo extraviada de su madre. Más todavía la entretienen las fotos del nieto de dos años, un niño nervioso e infatigable al

que su madre o su padre siempre llevan agarrado con fuerza de la mano o que aparece atado en la trona o en el cochecito. Todavía no se sabe a quién llegará a parecerse o qué es lo que hará que se decante por las facciones de uno o de otro. Aunque tiene la cara redondita y ese ligero pliegue de los ojos le recuerda vagamente a su hijo, y puede que incluso a su marido, ella no se conforma con esos pocos rasgos. En una foto tras otra busca sacarle al nieto algún parecido con ella misma, y como el vuelo va a ser largo y no piensa permitirse, a pesar de lo cansada que está, quedarse dormida junto al desconocido y expansivo durmiente que lleva al lado, tiene por delante más que tiempo suficiente para llegar a descubrir lo que espera encontrar.

5

El ascensor empieza a descender lentamente desde el piso treinta pero se detiene enseguida, en el piso veintinueve, y abre las puertas. Una mujer con ropa deportiva y con auriculares se sorprende por encontrarse a una hora tan temprana a alguien que baje del piso treinta. Al principio se concentra en su música y sigue a su compañero de viaje sólo con la mirada, pero cuando el ascensor aminora la marcha al aproximarse al garaje ya no puede dominarse y se quita los auriculares.

–No me diga que el ático ya se ha vendido. –Se dirige a él en tono de queja, como si al venderse ese piso de lujo, que según parece hubiera querido para ella pero no ha podido permitirse, hubiera sufrido una pequeña derrota.

–¿El ático? –pregunta Yaari sonriendo–. Pues no lo sé. No vivo aquí. He venido a comprobar lo de la queja por esas ráfagas de viento suyas que dicen ustedes oír.

–¿*Nuestras* ráfagas de viento? –exclama la mujer con un incomprensible regocijo–. Pues la verdad es que sí estaría bien que me explicara qué es lo que pasa. Nos prometieron un edificio mo-

dero, puntero, de lujo, hemos pagado una fortuna, y en cuanto el invierno ha asomado la nariz se ha organizado una demencial orquesta. ¿La oye?

–Pues claro.

Salen del ascensor en el garaje. Los ruidos se acrecientan. Él se encoge de hombros y emprende la retirada, pero la deportiva inquilina no parece querer despedirse.

–¿Y usted quién es? ¿Un especialista en vientos?

–Pues no exactamente; soy el responsable de la instalación de los ascensores.

–¿Qué cálculos cree que le han fallado?

–¿A mí? ¿Y por qué a mí? Puede que la culpa la tengan otros. Habrá que comprobarlo.

Yaari se da cuenta, sin embargo, de que no es el continuo sollozar de los vientos lo que molesta ahora a esa mujer tan decidida, sino la mera presencia de él allí: ¿quién será exactamente? ¿Por qué está allí precisamente él? Por eso, antes de encaminarse hacia el coche en medio de la penumbra del garaje, le dice como por casualidad:

–No se preocupe. Encontraremos el origen de esos vientos y lo solucionaremos. Mis ingenieros se van a emplear a fondo en ello.

A continuación se despide de ella con un movimiento de cabeza.

Pero la curiosidad de la mujer no cede. Se exige a sí misma hacerse con una descripción detallada de ese hombre vigoroso que no hace mucho que ha cumplido los sesenta y cuyo pelo, rapado a lo deportista, se ve salpicado por unas cuantas canas. Los ojos oscuros y grandes irradian una gran seguridad en sí mismo mientras la vieja y desgastada gabardina, tan pasada de moda, revela que se trata de una persona muy natural.

–«¿Mis ingenieros?» –repite la mujer en un tono de burla, que según parece es algo natural en ella–. ¿Y cuántos tiene usted, exactamente?

–Diez, doce –responde él tranquilamente–, depende de cómo los cuente.